

Como Estrella, de la que procede el Sol de Justicia, Jesús Cristo, vosotros veis en María el claro Espejo de la Justicia Eterna, Espejo con cuyos rayos los individuos pueden afianzar su derecho, los legisladores pueden perfeccionar sus Códigos, los problemas sociales pueden tener una solución salvadora: *Speculum Justitiæ*. Como Estrella que alumbrá las inteligencias vosotros que, además de ser los defensores de la justicia, del Derecho y de la ley, os gozáis en cultivar todos los ramos del saber humano, la filosofía, la historia, la literatura y el arte, vosotros veis en María el asiento de una sabiduría que no yerra, la luz que guía nuestra razón para alcanzar la posesión de la verdad divina y de la verdad humana, y que os hace distinguir claramente una cultura material y mecánica del verdadero progreso por nuestro Señor Jesús Cristo. *Sedes Sapientiæ*. Como Estrella de esperanza y amor, vosotros reconocéis en la Virgen María la constante Auxiliadora de las generaciones creyentes, la fortaleza de los caudillos cristianos, la Madre clemente y digna que inclina á los poderosos á favorecer todas las causas justas, y á no buscar la dominación y el engrandecimiento sino en las reglas del honor y en el cumplimiento de sus estrechos deberes: *Auxilium Christianorum*. O, lo que es lo mismo, en suma: que vosotros veneráis y contempláis en la Virgen María al ser privilegiado que se dignó asociar la Trinidad Beatísima á toda la obra de la Creación,

de la Redención y de la Salvación del mundo, y que su Nombre bendito y adorable es luz de justicia, de ciencia y de ventura; es tesoro del bien, garantía de la verdad, confianza y realidad de toda dicha para los individuos y los pueblos. *In me omnis gratia viæ et veritatis; in me omnis spes vitæ et virtutis*.

Señores Abogados: Esta hermosa confesión que sale de nuestros labios, estos espléndidos cultos que eleváis á la Madre del Verbo, son actos consoladores de reedificación y de esperanza. ¡Oh! Es muy bello oiros clamar á las potestades y á los legisladores del mundo: «La justicia es la luz más brillante, la virtud más esencial de las almas; y cuando es hollada la justicia es como cuando se pone el sol en las regiones donde no hay crepúsculo: al momento ha cerrado la noche.» Es muy bello oiros decir á vosotros, jurisconsultos y sabios españoles: «¿Cómo nosotros, nacidos en una Patria católica, alumbrados con los rayos de un sol esplendoroso, nos hemos de declarar hijos adoptivos de los países de la niebla, en los que el hielo de la incredulidad se congela hasta petrificarse, porque en la atmósfera en que allí se vive no hay astro que alumbre y que caliente?» Es, en fin, ejemplar y fecundo saber que vosotros no sólo reconocéis y adoráis los grandes misterios de nuestra Religión, los mundos de lo sobrenatural y lo infinito, sino que, hijos de esta privilegiada comarca castellana,

donde son proverbiales la rectitud y la hidalguía, sabéis señalar los rumbos justos y acertados, lo mismo en el orden interior que en el orden internacional de los pueblos, condenando siempre con severidad honrada las ambiciones inicuas y las diplomacias desleales. ¡Oh y si vosotros todos, todos sin excepción alguna, formarais un solo corazón y un alma sola, para identificaros ardentemente en el amor y el culto de la Virgen María, para mirar como á vuestro cliente predilecto á la Iglesia Católica; si vosotros, adalides del foro, consagrarseis en gloria y en defensa del Catolicismo vuestros más robustos acentos, vuestras miradas más fijas, vuestra expresión más noble, como perlas de la sabiduría engastadas en la corona de la justicia de Cristo, ¿quién sabe? acaso serían bastantes vuestros solos esfuerzos para salvar nuestro pueblo, para restaurar la sociedad contemporánea; porque esa acción unánime, esa enseñanza y ese ejemplo podrían ser como soplo invisible, como poder misterioso, capaz de producir germinaciones sobrehumanamente fecundas!

Vamos ahora, hermanos míos, á terminar este Discurso, elevando á la Virgen María una ferviente súplica; súplica inspirada en aquella hermosa plegaria de uno de sus más devotos servidores. ¡Salve, Estrella del mar, Madre de tu mismo Dios, Hija de tu mismo Hijo! *Ave, maris Stella, Dei Mater Alma.* ¡Madre mía! Si es mi pobre corazón

esclavo de la culpa, Tú eres piadoso refugio del pecador que te implora: rompe, pues, para siempre mis cadenas.

¡Madre mía! Si mi inteligencia se pierde ó se oscurece por entre las tinieblas del error, Tú eres el vivo Lucero de la mañana, y darás luz á mi mente para conocer la verdad.

¡Madre mía! Si eres salud de los enfermos y amparadora del que sufre, asísteme en mi aflicción; y si he de padecer más todavía, haz con tu protección bienhechora que mi dolor sea humilde y resignado.

¡Madre mía! Si eres Tú el gozo del universo y el júbilo de nuestros corazones; si, como te decía el gran Poeta cristiano de los siglos medios, eres tan grande y tan poderosa que el que pretende una gracia y no recurre á Ti, «desea el imposible de volar sin alas,» deja, mi dulce Madre, que á Ti acuda, que en Ti espere, que de tu piadosa mano obtenga mi reposo y mi dicha, santificados por la virtud, hasta exhalar el último suspiro entre las claridades de tu Nombre:

*Solve vincla reis,
Profer lumen cæcis,
Mala nostra pelle,
Bona cuncta posce.*

AMEN.